

**Eloy TEJERO**, *El evangelio de la casa y de la familia*

Eunsa, Pamplona 2014, 292 pp.

El estudio de Eloy Tejero que ahora comentamos ha concluido y ha visto la luz, de una forma casual pero ciertamente feliz, en el contexto de los Sínodos sobre la familia que se están celebrando en la Iglesia católica.

Como el mismo autor señala en la introducción del libro, se trata de una investigación comenzada hace tiempo; de hecho, el profesor Tejero ya ha publicado en otras ocasiones trabajos sobre algunos de los aspectos abordados en esta obra. El objetivo perseguido aquí es el análisis de la influencia que Cristo ha tenido en el significado religioso de dos realidades tan centrales en la vida humana como son la casa y la familia. Para ello, el camino que se propone es analizar estas instituciones en el mundo anterior a la venida de Cristo y en el mundo posterior, esto es, en el mundo grecorromano, en el mundo hebreo, y en el nuevo curso de la historia marcado por la irrupción del cristianismo.

El autor parte de la afirmación de que, tanto por parte del derecho como por parte de la teología, apenas se ha prestado atención a estas realidades desde la perspectiva de su dimensión religiosa. Desde el punto de vista del derecho, la progresiva secularización del matrimonio y de la familia, han hecho que los estudios se centren en cuestiones como la *patria potestas* o la sucesión, como si estas cuestiones agotaran toda la realidad del matrimonio y la familia en el mundo antiguo. Algo parecido podría decirse, concretamente, de los estudiosos del derecho de la Iglesia y de su historia. Debido a su dimensión canónica, se han realizado más trabajos sobre el matrimonio, pero esto no se ha materia-

lizado en un tratamiento de la dimensión religiosa de la casa y de la familia. Así, con el tiempo, el análisis de estas cuestiones se ha reducido a un plano meramente humano. Podría decirse algo parecido respecto a la teología.

Sin embargo, en los últimos años ha habido un giro en la forma de tratar estas cuestiones. Entre sus artífices se encuentran los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. Tan es así, que se ha llegado a afirmar que la familia es la «cuna de la Iglesia»: «La Iglesia encuentra así en la familia, nacida del sacramento, su cuna y el lugar donde puede actuar la propia inserción en las generaciones humanas, y éstas, a su vez, en la Iglesia» (*Familiaris consortio*, 15).

El capítulo primero del libro, «El *oikos* (*domus*) en el mundo grecorromano» (pp. 29-86), se centra en la religión doméstica del mundo precristiano, en el que la casa es vista como una comunidad de personas unidas en un mismo culto religioso, ofrecido a los *divi parentum*: la vida bienaventurada de éstos dependía del culto tributado por sus descendientes. En este contexto, tenían especial fuerza la institución de la *patria potestas* y el *ius connubii*, en los que se apoyaba la unidad, estabilidad y buen orden de la casa y de la familia. El segundo capítulo, «La casa, el matrimonio, los hijos y las estructuras consorciales en el Pueblo del Antiguo Testamento» (pp. 87-128), dibuja las peculiaridades de la casa hebrea, marcadas por la fe en el Dios único de Abraham. Lo que caracteriza a la casa de Abrahán es la Alianza, a cuya fidelidad está ligado el cumplimiento de las promesas. Se trata de una comunidad dependiente de una cabeza, unida por un vínculo religioso,

lo que no impide que se sigan manteniendo en su base las implicaciones de todas las estructuras domésticas. Lo radicalmente singular respecto a la casa grecorromana, es que el culto que se tiene en cada casa del pueblo es el mismo, pues hay un Dios único.

El capítulo tercero, «La casa de Dios que somos nosotros consolidada en la tierra por la Encarnación del Verbo» (pp. 130-163), estudia la casa de Dios, en la que se encuentran santificador y santificados gracias a un nuevo vínculo. Cristo es Hijo sobre su casa. En ella se mantiene la dimensión doméstica, asumida por la Nueva Alianza. Gracias a la Encarnación del Verbo se dan las relaciones paterno-filiales, de tal modo que esta casa se convierte en el ámbito privilegiado para recibir la revelación del misterio trinitario. La relación entre Cristo y la Iglesia ilumina, de un modo muy particular, el profundo sentido religioso de la institución familiar, tal y como expresa San Pablo en el capítulo quinto de la *Carta a los Efesios*: gracias a la unión de Cristo, del que es imagen Abrahán, con la Iglesia, de la que es imagen la mujer libre, Sara, en la casa de Dios es donde se recibe la herencia, y se realiza la dinámica de toda la existencia cristiana. La mujer, la *mater familias*, adquiere así una dignidad muy especial en la casa cristiana.

Y no sólo ella, ya que la nueva vida en Cristo trastoca tanto el orden divino como el interno de la casa: la igualdad de sus

miembros ante Dios; la libertad religiosa y la libertad para abandonar el hogar y formar uno nuevo, la Iglesia; la casa como foco de evangelización y en la que se hacen vida las enseñanzas de las parábolas. Es así que la familia es la primera beneficiaria de los frutos de la obra de Cristo, y con ella la sociedad misma, cosa que contribuyó a su rápido reconocimiento público. A estas cuestiones se dedican los capítulos cuarto «Las casas en la acción evangelizadora de Jesús» (pp. 165-204) y quinto «Las casas en la primera implantación de la Iglesia» (pp. 205-275), en los que se remarca la idea de que las casas no son simplemente un espacio físico en el que Jesús se establece cuando lleva a cabo su misión o en el que se reúne con otras personas o donde se reúnen los cristianos para dar catequesis: las casas cristianas, iglesias domésticas, tienen una dimensión religiosa muy profunda, cuya consideración puede prestar un servicio muy grande a las reflexiones actuales sobre la familia.

Con este libro, Eloy Tejero, profesor Honorario de Derecho Canónico en la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, ha puesto a disposición del lector y de la Iglesia entera los valiosos resultados de una reflexión profunda y madura sobre la influencia de Cristo en dos instituciones clave de la sociedad de todos los tiempos, la casa y la familia.

Juan Luis CABALLERO  
Universidad de Navarra